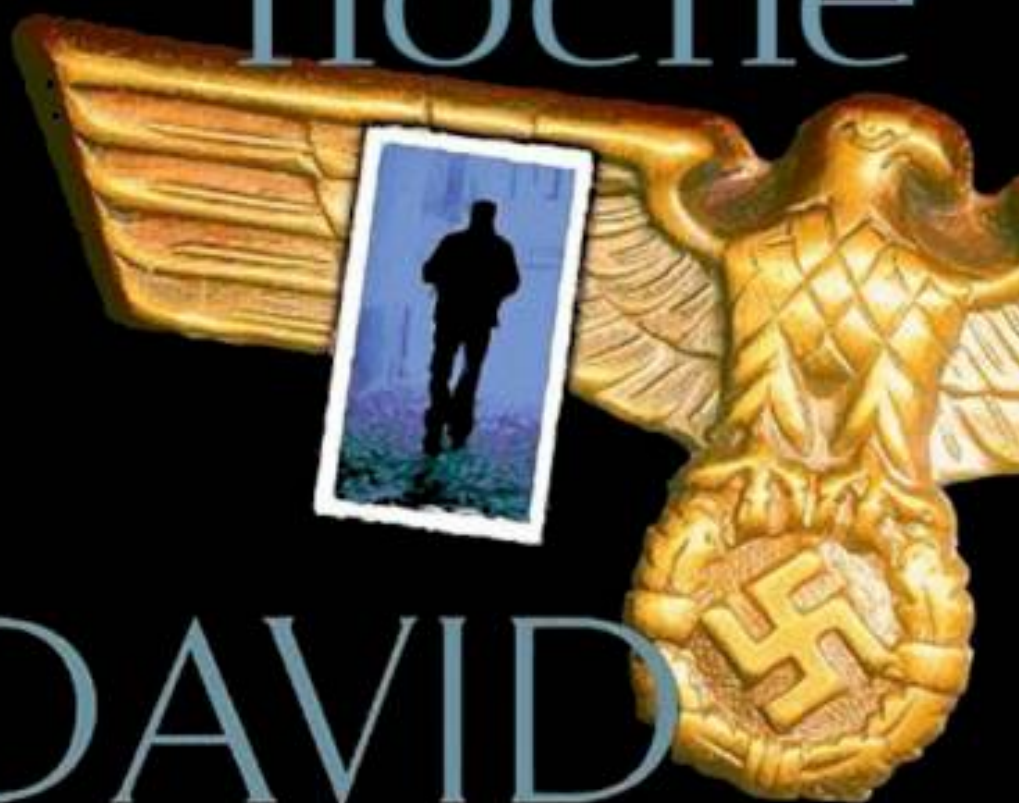


# La liga de la noche



DAVID  
MORRELL

*Saga La hermandad de la rosa 3*

Desde el Vaticano a los Alpes suizos; desde Australia al centro de Estados Unidos; dos asesinos profesionales conocidos como Saúl y Drew deben cooperar en la resolución de un violento enigma: la abducción de diez ancianos de todos los rincones del mundo. Cansados de sus propias guerras encubiertas, comienzan la investigación y de repente se ven arrastrados al interior de un terrorífico círculo de venganza que comenzó en el corazón de la Segunda Guerra Mundial, y que ahora obliga a los hijos a pagar por los más oscuros pecados de sus padres.

*A Paul Seydor,  
un amigo para todos los momentos*

*Los nuevos males exigen nuevos remedios..., nuevas sanciones para defender y vindicar los principios eternos del bien y del mal.*

La revista *Times* de Londres, (a propósito de los juicios de Nuremberg).

# CUATRO ASPECTOS DE LA NOCHE

## La noche de los cuchillos largos

«La noche de los cuchillos largos», frase acuñada por los nazis, hace referencia a los acontecimientos ocurridos en Austria y Alemania durante la noche del 30 de junio de 1934. Hitler, tras conseguir los títulos de canciller y dictador, aún necesitaba acceder al último cargo que le proporcionaría el dominio absoluto de Alemania: la presidencia. Resuelto a eliminar todos los obstáculos, voló en secreto a Munich, donde, acompañado por su escolta personal, arrestó a punta de pistola a su antiguo amigo y principal adversario, Ernst Röhm. Éste, que dirigía los denominados Camisas Pardas —un cuerpo paramilitar y terrorista dentro del partido nazi, oficialmente conocido como *Sturmabteilung*, o SA—, había intentado fusionar su fuerza, de unos cuatrocientos mil hombres, con el ejército alemán, para subsiguientemente (o así lo aseguraba Hitler) apoderarse de Alemania. Hitler, deseoso de conservar el apoyo del ejército y más deseoso todavía de librarse de sus competidores, hizo ejecutar a Röhm y a varios de los más ambiciosos oficiales de los Camisas Pardas.

Poco amigo de dejar las cosas a medias, el Führer decidió eliminar también otras amenazas. Mientras Röhm y sus oficiales eran fusilados en Munich, Himmler y Göring, los colaboradores más allegados de Hitler, realizaron una purga similar en Berlín. Entre los ejecutados figuraban el anterior canciller de Alemania, diversos funcionarios estatales y policiales poco complacientes y algunos cargos disidentes

del partido nazi. Posteriormente, Hitler afirmó que había sido necesario eliminar a setenta y siete traidores a fin de evitar el derrocamiento del gobierno alemán. Algunos supervivientes de la purga aseguraron que habían sido más de cuatrocientos los ejecutados. Después de la guerra, un juicio celebrado en Munich elevó aún más el total, por encima del millar de muertos.

La Noche de los Cuchillos Largos tiene un doble significado. A consecuencia del terror desencadenado por Hitler, éste consiguió el último y decisivo cargo de presidente y, como gobernante absoluto de Alemania, condujo a su nación hacia las obscenidades de la segunda guerra mundial. Por otra parte, el hecho de que utilizara su escolta personal para la ejecución de sus rivales confirió a este grupo una envergadura que no tardó en equipararse e incluso superar a la de los terroristas paramilitares de Röhm. Así como los Camisas Pardas de Röhm, los *Sturmabteilung*, eran conocidos como SA, los Camisas Negras de Hitler, oficialmente llamados *Schutzstaffel*, «guardia de elite», fueron pronto conocidos por las iniciales de su unidad. Sin embargo, a diferencia de los SA cuyas siglas son hoy recordadas por muy pocos, las iniciales de los Camisas Negras siguen siendo sinónimo de depravación. El siseo de la serpiente. El chirrido del mal.

Los SS.

## La noche de los vidrios rotos

También conocida como *Kristallnacht*, «Noche de cristal», la Noche de los Vidrios Rotos se refiere a los acontecimientos ocurridos el 9 de noviembre de 1938 en toda Alemania. Dos días antes, un policía judío llamado Herschel Grynszpan asesinó a Ernst von Rath, un diplomático de categoría secundaria destinado en la embajada alemana de París, para vengarse por la deportación de la familia Grynszpan y otros veintitrés judíos de Alemania a Polonia. Grynszpan pretendía matar al embajador alemán en París, pero Von Rath se interpuso y recibió los disparos. Irónicamente, Von Rath había criticado abiertamente las actitudes antisemitas del partido nazi y la Gestapo tenía previsto aplicarle medidas disciplinarias. Lo mismo daba. Un judío había asesinado a un funcionario alemán, y Hitler no desaprovechó el incidente: al mismo tiempo que anunciaba públicamente que el atentado había dado lugar a revueltas antisemitas en toda Alemania, dio en privado las órdenes necesarias para que estas revueltas, aún inexistentes, fueran provocadas.

Estas «manifestaciones espontáneas» fueron organizadas por Reinhard Heydrich, segundo jefe de la SS. En cuanto las turbas nazis hubieron completado con entusiasmo su tarea, la noche del 9 de noviembre, Heydrich presentó a Hitler un informe preliminar en el que aseguraba que 815 comercios judíos, 171 hogares judíos y 119 sinagogas habían sido incendiados o destruidos por otros medios; veinte mil judíos detenidos y enviados a campos de concentración;



treinta y seis muertos, y otros treinta y seis gravemente heridos. Estas cifras resultaron ser considerablemente inferiores a la realidad. Tan generalizada fue la labor de destrucción que en todas partes las calles quedaron cubiertas de fragmentos de vidrio de las ventanas destrozadas, y de ahí la expresión «la noche de los vidrios rotos».

Para finalizar su informe, Heydrich recomendaba:

Lo mejor sería que las compañías de seguros respondieran plenamente a las reclamaciones de los judíos; luego, se confisca el dinero y se devuelve a los aseguradores. Según mis informes, sólo las reclamaciones por cristales rotos ascenderán a unos cinco millones de marcos... En cuanto a la cuestión práctica de despejar los escombros, lo mejor será organizar grupos de judíos de los campos de concentración y hacerles limpiar sus propios desechos bajo nuestra supervisión. Los tribunales les impondrán una multa de mil millones de marcos, que serán cubiertos con el producto de la venta de sus propiedades confiscadas. ¡Heil Hitler!

La Noche de los Vidrios Rotos señala el comienzo del *pogrom* dirigido por el estado contra los judíos de Alemania. Aunque muchos gobiernos extranjeros —e incluso algunos altos cargos del partido nazi— manifestaron su repulsa por las atrocidades cometidas durante la *Kristallnacht*, nadie hizo nada para detenerlas o para impedir que volvieran a repetirse en mayor grado.

## Noche y niebla

*El Nacht und Nebel Erlass*, «Decreto de Noche y Niebla», uno de los edictos personales de Hitler, fue promulgado el 7 de diciembre de 1941, el mismo día en que Japón atacó la base naval norteamericana de Pearl Harbor. Dirigido contra las «personas peligrosas para la seguridad de Alemania» y, más específicamente, contra los miembros de los grupos de resistencia en los territorios ocupados por Alemania, este edicto consideraba que las ejecuciones por sí solas no constituían un factor disuasivo suficiente contra las amenazas antialemanas. Por consiguiente, en vez de ejecutar a todos los agitadores en cuanto fueran descubiertos, muchos serían enviados a lugares desconocidos para todo el mundo. Así se conseguiría tener en vilo a sus familiares y amigos. Según estipulaba el decreto, «el efecto de intimidación de estas medidas depende (a) de la desaparición de los culpables sin dejar rastro y (b) del hecho de que no debe comunicarse ninguna clase de información acerca de su paradero o su destino». De esta forma, aquellos que se sintieran tentados a participar en actividades contra Alemania se enfrentarían al miedo a desaparecer, como sus seres queridos, en la noche y la niebla.

Un ejemplo del modo en que se aplicó este decreto, ocurrido en 1942, es el destino del pueblo checoslovaco de Lidice. Como represalia por el asesinato de Reinhard Heydrich, los soldados nazis rodearon el pueblo y fusilaron a todos sus habitantes varones de diez en diez. Las ejecucio-

nes se prolongaron durante todo un día. Las mujeres del pueblo fueron transportadas al campo de concentración de Ravensbrueck, en Alemania, donde murieron de consunción o en la cámara de gas. Los niños, en cambio, se desvanecieron en la noche y la niebla. Sus parientes de otras aldeas no lograron hallar ni rastro de ellos.

## La noche oscura del alma

### 1

El 20 de enero de 1942, seis semanas después de la entrada en vigor del Decreto de Noche y Niebla, Hitler ordenó a los oficiales superiores de la SS que asistieran a una conferencia extraordinaria en Berlín con el fin de organizar la Solución Final a lo que el Führer denominaba «la cuestión judía». Hasta el momento, las algaradas y las leyes antisemitas, cuyo propósito era el de obligar a los judíos a abandonar por propia iniciativa el territorio alemán, no habían obtenido más que un éxito parcial. La mayor parte de los judíos se mostraban reacios a abandonar sus hogares y sus negocios. Tampoco las deportaciones en masa habían alcanzado el éxito apetecido: era un proceso demasiado lento y demasiado caro. Así pues, había llegado la hora de aplicar la consecuencia última de la Noche de Cristal. El exterminio.

Las ejecuciones en masa ante un pelotón de fusilamiento resultaban antieconómicas debido al coste de las municiones. Asimismo, se juzgó insatisfactorio un método alternativo consistente en amontonar a las víctimas en camiones

para darles muerte con los gases de escape del motor, pues no era posible asfixiar un número suficiente de personas de una sola vez. Sin embargo, la asfixia en sí no era mala idea. El problema consistía en cómo utilizarla eficazmente. En la primavera de 1942, comenzaron a funcionar los campos de la muerte.

Estos campos no deben confundirse con los de concentración, donde enormes cantidades de personas abarrotaban miserables barracones y cada día eran conducidas a trabajar a distintas fábricas para el esfuerzo de guerra alemán. Es cierto que la mayor parte de los internados en los campos de concentración acabaron muriendo igualmente a causa del exceso de trabajo, la alimentación insuficiente y la falta de higiene, pero el propósito principal por el que se les enviaba a tales campos no era la muerte. Era la esclavitud.

Los campos de la muerte, en cambio, no tenían otra función que la de matar el mayor número de personas con la máxima rapidez y eficacia. En algunos campos de concentración, como Auschwitz y Maidanek, por ejemplo, había centros de eliminación, pero los campos dedicados exclusivamente al exterminio eran sólo cuatro. Todos ellos estaban ubicados en Polonia: Sobibor, Belzec, Chelmno y Treblinka.

Tal y como confesó Franz Stangl, el comandante de Treblinka:

Aquello era el Infierno de Dante. El hedor era indescriptible. Centenares, no, millares de cadáveres por todas partes, descomponiéndose, putrefactos. En la periferia del campo había tiendas de campaña y fogatas con grupos de guardias ucranianos y muchachas —prostitutas, según supe más tarde— de todo el país, tambaleándose de embriaguez, bailando, cantando, tocando música.

Durante sus quince meses de existencia, entre julio de 1942 y septiembre de 1943, el campo de Treblinka exterminó a un millón de judíos; una sexta parte del total de judíos asesinados en el Holocausto. En las épocas de mayor rendimiento, en este campo morían veinte mil personas al día, estadística que se vuelve aún más horripilante cuando se tiene en cuenta que todas estas ejecuciones se realizaban únicamente por la mañana. El resto del día se dedicaba a la incineración de los cadáveres en grandes fosas descubiertas. De noche se dejaba que las llamas se apagaran por sí solas para que se disipase la nauseabunda humareda, a fin de que las víctimas de la mañana siguiente no se sintieran alarmadas por el inconfundible hedor de los cadáveres quemados.

## 2

Las víctimas descendían a trompicones de los atestados vagones para ganado, contentas de abandonar el tren que las había llevado allí desde el gueto judío de Varsovia. Algunos de los viajeros habían muerto sofocados o por aplastamiento. Los supervivientes trataban de no mirar sus despojos y volvían la vista, parpadeando, hacia la deslumbrante pero alentadora luz del sol. Por fin podían liberar sus pulmones del tóxico vaho de vómitos y excrementos.

Unos carteles indicaban «Treblinka. Cajero» y «Transbordo a los trenes con destino al Este». El temor era momentáneamente vencido por la esperanza: aquello no era ningún campo. La presencia de los soldados de la SS, con su insignia del doble relámpago, ya era de esperar, aunque también lucían otra insignia —una calavera en la gorra— que

suscitaba aprensiones. Las manecillas del reloj de la estación estaban pintadas y no se movían. Los soldados les ordenaban abruptamente que entraran en la estación, se desnudaran y pasaran a las duchas. Una ducha era cosa de agradecer, pero la mayoría de las víctimas se preguntaban a qué podía deberse tal gentileza. Siempre había algún guardia que les leía el pensamiento: «¡No podemos soportar vuestro apestoso olor!».

Conducidos como un rebaño al interior de la estación, se quitaban la ropa y entregaban sus artículos de valor. «Para proteger vuestras pertenencias mientras estáis en las duchas», les decían. Acto seguido, les cortaban el pelo al rape, cosa que volvía a despertar sus temores. Grupos de guardias provistos de látigos irrumpían en la estación y azuzaban a sus víctimas hacia la parte de atrás... donde debían correr desnudos por un sendero que los SS habían bautizado como «el camino del Cielo». Otros guardias les golpeaban con garrotes. «¡Más deprisa! ¡Corred más deprisa!».

Las víctimas tropezaban con los compañeros caídos. Al final del sendero, sólo se podía ir en una dirección: a la derecha, subiendo cinco peldaños de hormigón que llevaban a una enorme puerta abierta. Cuando el último de cada grupo de quinientos había penetrado en la cámara, las puertas eran cerradas con llave. En el interior, en lugar de duchas había una especie de respiraderos. Afuera rugía un motor. Los gases de escape llenaban la sala. La gente moría de pie.